

Abrí los ojos, y los vi, sentados frente a mí, mirándome, con esas miradas llenas de crueldad y maldad, que tan solo una persona con el diablo dentro puede tener.

Empecé a mirar a mí alrededor y pude comprobar que no me hallaba en el mismo lugar. Era una habitación de piedra, tenía una pequeña ventana con unas rejas a mi izquierda. Sentí como el frío aire del otoño rozaba mi cara, y al contrario de molestarme, eso me hizo sentir bien, como un pequeño suspiro de libertad. En frente, los cuatro diablos, sentados en sendas butacas de madera, finamente repujada, igual que la mesa en la cual se apoyaban. Pude sentir como detrás de mí había alguien, ¿acaso una persona?, no, decididamente no, lo que había eran dos guardias, lo sabía perfectamente, los olía, eran los mismos que me habían traído hasta aquí, arrastras, inconsciente. Seguro que estaban cada uno a un lado de la puerta, los podía sentir. Del mismo modo que percibía el olor de esa sala, un ligero toque de moho, y un profundo olor a sangre y orín, era como si estuviese incrustado en las paredes. La silla en la que yo me encontraba, era vieja y sentía como sus astillas se clavaban en mi cuerpo magullado.

Intente apartarme el pelo de la cara, y en ese momento me di cuenta que estaba atada, de pies y manos, y al bajar un poco la vista, vi como estaba desnuda.

En ese preciso instante sentí tal furia que casi hecho todo a perder, los hubiese matado allí mismo, sin que se diesen cuenta, tan solo un pequeño gesto y estarían todos muertos. Era lo que más deseaba en mis adentros, matar a todos y terminar con esta pesadilla.

Todavía no podía entender como me hallaba en esta situación, yo, tan poderosa, y a merced de estos depravados. Tan solo estaban deseosos de sangre y del sufrimiento ajeno. Seguro que desearían torturarme ellos mismos, pero no podían en persona. Claro, tan distinguidos señores, haciendo estas barbaridades y en nombre de Dios, no, claro, ellos no podían. Eran pulcros, santos, la Santa Inquisición. Para ellos tan solo era un trozo de carne, que por supuesto nada podía hacer ante tan altos hombres de Dios. Carne a la que poder vapulear, insultar, escupir, y degradar. ¿Que era yo?, una esclava de su Dios. Que a base de tortura, diría todo aquello que desasen, que quisiesen. Lastima no poder tener el poder de controlar el dolor, todo seria diferente.

Pobres dementes, su locura no era capaz de comprender toda la fuerza y el poder que su presa albergaba. Tan solo un gesto y tendría a todos a mis pies. Pero debía ser cauta y no poner a nadie en el camino de la verdad. Guardar todos los secretos, a todas mis hermanas, y protegerlas.

Habían dado conmigo por la envidia de una pobre loca, me denunció, y aquí me encuentro, desnuda, llena de sangre y heridas. Heridas que jamás podré curar, ya que lo único que me espera después de esto, son las llamas de la hoguera. Creen que ardiendo quemaran mi alma, y se purificara, pobres ilusos, si supiesen que así lo único que lograrán es cambiarme de estado, hacerme aún mas fuerte...

Pasan su vida consagrada a su Dios, pensando en como es la vida y la muerte, lo que es correcto y no lo es. Si vivimos bajo su yugo, todo va bien, nada te podrá pasar, no arderás en el infierno.

No tienen ni idea de lo que hay mas allá de la muerte, o incluso de la misma vida, la cantidad de energías y fuerzas que existen.

El simple hecho de que tuviesen la mínima idea de lo que realmente hay, nos pondría a todos en peligro, la humanidad no es capaz de entender todo esto, a si que hemos de permanecer en secreto.

Es terrible saber que con solo dos palabras mías, estarían muertos y yo seria libre, pero, ¿Por cuanto tiempo ?, poco, realmente muy poco, enseguida irían a por mí, y yo no soy capaz de evadir a la muerte. Muerte, que no me causa miedo, pero lo que estoy sufriendo, si.

Empezaron muy despacio, con El Aplastapulgares, era muy doloroso, iba sintiendo como sus pinchos entraban en mi carne y poco a poco me aplastaban los huesos de los dedos, creo que enseguida me llegaron a partir los huesos, pero a pesar de sus numerosas preguntas no fueron capaces de sacarme una sola confesión. Después me llevaron al potro, estirándome todo lo que podían pero muy despacio. Ya no era capaz de fustigar el dolor, muy al contrario lo único que conseguía era que se hiciese mas evidente. Iba oyendo como mis propios huesos se iban descoyuntando y ya no estaban en su sitio. Primero las muñecas, luego los hombros, tobillos... ni siquiera los gritos de una mujer que se hallaba a mi lado eran capaces de sacarme de mi sufrimiento. Hasta que grite “¡Basta!”.

Me preguntaron si confesaba toda la verdad, dije que si, y seguidamente perdí el conocimiento.

Aquí estoy ahora, deseando que todo pase, para poder descansar y entonces poder llevar mi venganza a cabo, a estos cuatro me los llevare a la tumba. Como me llamo Claudia, que después de muerta, volveré y matare uno por uno a todos estos salvajes, y me encargare de que sepan, quien y por que.

Espera, ¿Por que he de morir?, no quiero sentir mas dolor, tampoco quiero morir, quiero vivir, quiero tener alguna hija, enseñarla todo lo que yo se, prolongar este don que yo tengo.

Son solo dos palabras, y ellos estarán todos muertos, el cura, el obispo, el dominico y el gobernador, junto con los dos guardias que tengo detrás mía. Soltarme de las ataduras tan solo es un poco de concentración, y seré libre, libre para seguir con mi vida y con mis anhelos, tener todo aquello que deseo. No tengo que preocuparme por los demás, que cada uno se las arregle. Me largare de este apestoso pueblo y haré mi vida, como cualquier mortal normal, nadie tiene que saber que he pasado por esto, ni quien soy. Yo solo quiero vivir y no sufrir más.

Realmente no se a quien pretendo engañar, estoy machacada, tengo todo roto y jamás podré curar ninguna de las heridas que hay en mi cuerpo. Lo único que puedo esperar es la hoguera. De hecho estoy aquí para declararme culpable y que pongan fecha a mi ejecución. He de resignarme ante lo inevitable. Morir en

las llamas de la hoguera, ese es mi destino y mi final. ¿Cuánto tiempo?, todavía no lo puedo saber. Supongo que será al medio día, como siempre que ajustician a alguna pobre desgraciada. Para que lo pueda presenciar todo el mundo y así tener el miedo palpable en el ambiente.

Que yo sepa, nunca fue juzgada ninguna hermana, porque cuando alguna de nosotras muere, las demás podemos sentir la pérdida, y de esta forma no la he sentido.

Seré la primera y espero que la última, ya que el sacrificio es enorme. Una cosa es morir como mueren muchas desgraciadas, sin tener absolutamente nada que confesar y terminan mintiendo para librarse de todo esto y otra muy diferente es saber hay que mentir para proteger a toda una raza. Esto suena a mártir, pero nada mas lejos de la realidad, yo no deseo ni morir, ni sufrir, por nada y mucho menos por nadie.

-“¡Dios! ¡Quiero vivir! ¡Quiero dejar de sufrir!” No soporto mas este dolor, este sufrimiento y el saber como y donde he de morir. Algo me dice que a pesar de como esta mi cuerpo no es nada comparado con lo que las llamas me darán. Siento que las lagrimas caen por mi cara y entonces me doy cuenta que tenia los ojos cerrados todo este tiempo, los abro lentamente para observar como me miran estos pobres diablos, tengo la cabeza ladeada, medio caída, la levanto un poco e intento observar con calma que es lo que están hablando pero no soy capaz de escuchar nada, tan solo oigo los gritos interiores que quieren escapar de toda esta pesadilla. Me dicen una y otra vez que les mate y huya de allí.

Me esfuerzo por escuchar y en el preciso instante que lo consigo, no es si no para llorar. Acaban de mandar mi ejecución inmediatamente.

Los guardias se acercan, me quitan las ataduras de las manos y me cogen por los hombros, produciéndome un dolor intenso al levantarme. Me llevan arrastras por la habitación en la que había estado, abren la puerta, y me llevan por lo que a mi se me hace un pasillo inacabable, todos los huesos y músculos del cuerpo parece que vuelvan a vivir y todos al mismo tiempo comienzan a gritar, siento que voy a perder de nuevo el conocimiento y es lo que me encantaría que sucediese, así no sería consciente de todo lo que esta por venir, pero parece que mi cuerpo esta dispuesto a soportar aún mas. Abren una puerta vieja y medio roída, chirría al abrirla, el olor aquí es extremadamente denso casi provoca una arcada, pero consigo retenerla. Todavía tengo mucho orgullo y no estoy dispuesta a que estos vean que me han vencido.

Me tiran al suelo, esta lleno de paja, caigo boca abajo, y ante mi sorpresa esta vez no me ha dolido nada. ¿He podido ya vencer mi miedo y eso consigue que ya no me duela nada?

¿Otro poder otorgado antes de morir? Seria muy irónico, pero si fuese así, lo emplearía en huir de toda esta miseria que me ha tocado vivir ahora.

Intento moverme y eso me devuelve a la realidad, de nuevo, el dolor esta vez es atronador, las lagrimas saltan y corren por mi cara con total libertad sin poder controlar absolutamente nada. Y es en ese preciso instante en el que soy capaz de comprender que aunque pudiese y matase a todos los cerdos, no sería capaz de escapar de allí, no podía ni mover un solo músculo de mi cuerpo sin que el dolor se apoderara de mi.

Si hubiese matado a los soldados que fueron a detenerme, habría tenido alguna oportunidad, pero ahora ya era demasiado tarde, tan solo me quedaba aceptar cual sería mi muerte, en la hoguera y como cualquier vulgar mortal.

A si que después de todo, esto es lo que queda, por muy fuerte y poderosa que seas, estamos sujetas a las leyes de los hombres, todo por no ser capaces de aceptar una realidad cotidiana y normal, yo hoy he de morir como un perro. Y no quiero que pase, quiero vivir, tampoco pido tanto.

El chirriar de la puerta me trae de mis pensamientos y me doy cuenta que había estado sola este tiempo, pero no sabía si se trataba de unos minutos o de toda una eternidad, todo se estaba volviendo confuso a mi alrededor.

Sentí como volvían a cogerme por los hombros, esta vez no me levantaron, me dejaron medio sentada, levantaron mis brazos y comenzaron a ponerme un harapo, sucio y mal oliente, no podía distinguir el color que tenía, pero lo que si fui capaz de notar es que olía a excrementos. Abrí mas los ojos y me di cuenta, de que estaba lleno de deposiciones. Intente revolverme, pero no era capaz de mover absolutamente nada de mi cuerpo.

Cuando me pusieron esos harapos, volvieron a llevarme arrastras, pero esta vez, hasta la misma calle. Era un patio muy grande, de piedra, y justo delante del portón se encontraba parado un carro con una mula y una jaula, bien sabía yo ya que me tirarían allí dentro como un trapo, para pasearme por todo el pueblo y que todos me viesen bien, por lo menos no me escupirían y al tirar las piedras sería difícil darme, un poco de sufrimiento que me quitaría de encima.

Que equivocada estaba, tan solo unos metros habíamos avanzado, cuando la primera piedra hizo diana en mi cabeza, en la parte de atrás. Me encontraba tirada en el suelo de esa jaula, de costado y tan solo veía parte de lo que sucedía. La gente se iba agolpando cerca del carro, me insultaban, escupían, e incluso algunos se acercaron con palos para pegarme. Cuantas veces presencie yo misma estas escenas y jamás me gustaron, siempre me parecían unas pobres desgraciadas con mala suerte. Ilusa de mí, creerme por encima de todos y no poder caer en esta desgracia.

Enseguida llegamos a la plaza y pude ver que ya estaba todo preparado. Me parecía surrealista, comencé a comprender que transcurrió mucho mas tiempo del que recordaba y que estuve sin sentido mas de lo que pensaba. Quizás incluso dije algo que no debía haber dicho, quizás ahora estaban dando caza a todas mis hermanas y yo habría sacrificado mis dones en balde.

El carro paró en seco, levante un poco la cabeza para poder ver mejor todo lo que tenía a mi alrededor, y vi como abrían la puerta y subían dos guardias, no sabia si eran los mismos de antes u otros. En el momento que me levantaron pude reaccionar y ver que la pila incendiaria estaba ya lista, intente hablar, pero no podía, quería gritar y escapar, como fuese pero escapar. Mi lengua estaba hinchada y no podía mas que emitir gruñidos y por mas que quería hacer fuerza para escapar, mis rotos huesos no se movían.

No podía morir de esa manera, me negaba a subir allí, quería matarlos a todos, aniquilar a la población entera, ya me daba todo igual, bastaba ya de esconderse, cada cual que mirase por si mismo. Pero mis poderes ya no funcionaban, ni boca, ni cuerpo, nada.

Me ataron a la cruz que habían hecho con dos maderos, yo miraba con ojos desorbitados, quería salir de allí, me negaba a morir así. El franciscano subió, me miro y dijo:

- Que el fuego purifique tu alma y Dios te tenga en su gloria.

Cogio una antorcha, bajo las escaleras y soltó la primera cerca de mi.

Yo intentaba pronunciar esas palabras mágicas que terminarían con todo este calvario, pero no podía, las pensaba una y otra vez, quería apagar ese fuego, era un juego muy estúpido que había hecho desde niña, pero necesitaba mi lengua para poder pronunciarlo, y lo único que salía de mi boca eran gruñidos y lamentos.

El calor se hacia mas intenso y podía ver como las llamas se acercaban hasta mi, ya no existía dolor. El humo comenzó a asfixiarme, a ser demasiado denso, ya no veía nada, y seguía queriendo salir de allí. Intentaba una y otra vez pronunciar las palabras mágicas, cuando comencé a sentir el fuego por mis piernas. El olor a carne quemada, era el mío, y gritaba y gritaba sin conseguir nada, tampoco oía nada, ahora, tan solo sentía como mi carne se quemaba...